



Don Quijote

MIGUEL DE CERVANTES

Adaptación **AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR**

Ilustraciones **JESÚS AGUADO**

Notas y actividades **AGUSTÍN SÁNCHEZ AGUILAR**



Índice

«Me llamaré don Quijote»	7	El Caballero del Bosque	97
El castillo que no era castillo	11	Unas narices de quita y pon	101
La doncella tuerta	16	«Leoncitos a mí»	106
El encantador que robaba libros	18	La cueva de Montesinos	111
Sancho Panza	20	El retablo de Maese Pedro	114
Los gigantes de la Mancha	22	La guerra del rebuzno	120
Rocinante se enamora	26	El barco encantado	123
La princesa Maritornes	29	Cosas de duques	127
El bálsamo de Fierabrás	32	El caballo volador	133
El rebaño de Alifanfarón	37	Buenos consejos	139
Gigantes encadenados	41	Barataria	142
El yelmo de Mambrino	45	«Gobiernito tenemos»	145
Presos sueltos	48	Guerra en la ínsula	148
Una carta de amor	54	Enterrado en vida	152
La señora sombreada	58	Un don Quijote falso	155
Micomicona	61	Árboles con piernas	158
Cueros rotos	70	Duelo en la playa	163
Sanchuelo el bellacuelo	74	Tres mil azotes	167
Pelea en la cuadra	77	El regreso	170
El caballero enjaulado	82		
El sabio Berenjena	88	Actividades	175
Dulcinea en su borrica	92		

«Me llamaré don Quijote»

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, vivió hace mucho tiempo uno de esos hidalgos¹ de pueblo que siempre salen a cazar con un galgo y guardan una lanza que nunca usarán. Dicen que se llamaba Alonso Quijano y que rondaba los cincuenta años. Era un hombre alto, chupado de carnes, de bigote grande, de buen corazón. Aunque estaba soltero, no vivía solo, sino con una criada que pasaba de los cuarenta años y con una sobrina que no llegaba a los veinte. En su casa no sobraba el dinero, pero jamás faltó la comida ni unas buenas calzas de terciopelo que lucir los días de fiesta. A Alonso Quijano le encantaban los libros de caballerías, que leía con pasión de día y de noche. Se entusiasmaba de veras con aquellas historias de magia y aventuras, en las que los caballeros visitaban castillos, enamoraban princesas, dormían en el bosque a la luz de la luna y mataban gigantes altos como torres. Alonso Quijano llegó incluso a vender buena parte de sus tierras para comprar libros y más libros. Y lo que sucedió al final es que, de tanto leer y tan poco dormir, se le secó el cerebro y se volvió loco.

Entonces se convenció de que todo lo que contaban aquellas historias de caballerías había pasado en verdad. Algunas veces,

¹ Los **hidalgos** eran los nobles de menor categoría. En la Edad Media habían sido guerreros, pero en el siglo xvii, cuando sucede la historia, vivían de rentas, es decir, no trabajaban.

soltaba el libro que tenía entre manos, se ponía en pie de golpe, agarraba su vieja espada y empezaba a acuchillar las paredes como si tuviera enfrente a una legión de fieros gigantes. Y así fue como un día, ya en el colmo de su locura, a Alonso Quijano se le ocurrió el mayor disparate que haya pensado nadie en el mundo: decidió hacerse caballero andante y salir a los caminos en busca de aventuras. «Me llamaré don Quijote de la Mancha», se dijo. «Rescataré princesas, socorreré a los huérfanos, defenderé a las viudas y me haré famoso por mis hazañas».

Don Quijote dedicó más de una semana a preparar su partida. Una de las primeras cosas que hizo fue ponerle nombre a su caballo. El pobre rocín² estaba en los huesos y no parecía bueno para casi nada, pero, como don Quijote había perdido el juicio, lo tenía por el mejor caballo del mundo. Y, por eso mismo, le puso un nombre evocador y sonoro: lo llamó Rocinante.

Al fin, un amanecer de julio, don Quijote salió a los caminos a lomos de su rocín. Ni a su sobrina ni a su criada las avisó de que se iba, sino que se escapó en secreto por la puerta trasera de su casa. Llevaba puesta una vieja armadura que había sido de sus bisabuelos, portaba una lanza que tenía más de un siglo y estaba decidido a deslumbrar al mundo. Mientras salía el sol, pensaba en su amada. En los libros, los caballeros siempre estaban enamorados de una dama, y como don Quijote no quería ser menos, puso sus ojos en una labradora del pueblo del Toboso que se llamaba Aldonza Lorenzo. Era la tal Aldonza una moza grandota y fuerte, de voz gruesa y manos robustas, parlanchina y amiga de las bromas. Y, aunque no destacaba ni por

² rocín: caballo basto y de poca altura, destinado al trabajo y no a los viajes.



su hermosura ni por su delicadeza ni por ser hija de padres nobles, don Quijote la transformó en su imaginación en una dama principal, de ojos verdes y cabellos dorados, más dulce que la miel y más blanca que el marfil. Y, para que diera gusto mencionarla, le puso un nombre la mar de sonoro que parecía sacado de un libro: Dulcinea del Toboso, así la llamó. Cuando don Quijote pronunciaba aquel nombre, le brillaban los ojos como a un niño.

El castillo que no era castillo

El día en que don Quijote se escapó de su casa fue muy caluroso. Los rayos del sol caían con fuerza, y al hidalgo estuvieron a punto de derretírsele los pocos sesos que le quedaban. De pronto, ya entrada la mañana, una inquietud lo asaltó, porque se dio cuenta de que le faltaba algo para dedicarse a las aventuras. Y es que, según las leyes de la caballería, no podría entablar combate con nadie si antes no lo habían armado caballero en una solemne ceremonia. «No es problema», se dijo don Quijote. «Al primero con el que me encuentre, le pediré que me arme caballero». Pero la Mancha es lugar poco poblado, así que el hidalgo no se cruzó con nadie en todo el día.

Al fin, al anochecer, asomó una venta¹ junto al camino. Al verla, don Quijote exclamó:

—¡Qué castillo tan magnífico! ¡Qué torres, qué almenas, qué foso!

Porque, por culpa de su locura, don Quijote transformaba todo lo que veía en cosas propias de los libros de caballerías. «Tuturú», se oyó cuando llegaba a la venta. Era un porquero que soplabá un cuerno para llamar a sus cerdos, pero lo que le pareció a don Quijote fue que un centinela le estaba dando la bienvenida con un rotundo resonar de trompetas. En la puerta de la venta, había dos mujeres de esas que besuquean a los hombres a

¹ **venta**: posada, casa en que los viajeros comen y se alojan a cambio de dinero.

cambio de dinero, pero don Quijote las tomó por princesas elegantísimas de refinados modales. Cuando las mujeres vieron a aquel espantajo que venía con lanza y armadura, echaron a correr, pues se asustaron mucho. Don Quijote les gritó:

—¡Non fuyan, hermosas doncellas, que vengo en son de paz!

Pero, al oír aquello, las mujeres todavía corrieron más, pues no entendían ni media palabra del extraño lenguaje de aquel hombre. Y es que don Quijote hablaba con las palabras antiguas que había leído en los malditos libros de caballerías.

Apareció entonces el ventero, que se quedó extrañadísimo al ver a aquel pelele que venía armado hasta los dientes. Don Quijote le dijo:

—Señor, ¿me haríais la merced de acogerme en vuestro castillo?

El ventero era un andaluz gordo y tranquilo. Tenía dos grandes aficiones: robarles a sus clientes y bromear. Así que, cuando vio a aquel loco que se las daba de caballero andante, decidió seguirle el juego.

—Sea muy bienvenido el caballero —le dijo—, que en este castillo no le ha de faltar de nada.

Para cenar, el ventero le ofreció a don Quijote un bacalao mal remojado y peor cocido y un pan más duro y negro que el alma del demonio, pero al hidalgo le pareció que estaba comiendo manjares de príncipe. Acabado el banquete, don Quijote se arrodilló ante el ventero y le dijo:

—No me levantaré de aquí, valeroso señor, hasta que me otorguéis un don.

—Decidme, que intentaré complaceros.

—Necesito que me arméis caballero para poder ir por el mundo ayudando a los huérfanos y las viudas.

El ventero se rio por dentro, pero dijo con mucha seriedad:

—Por supuesto que os armaré, pues la caballería es el mejor oficio del mundo, y yo mismo lo ejercí en mi juventud. Cien o doscientas veces estuve delante del juez por atizar huérfanos y manosear viudas.

—Entonces decidme dónde puedo velar las armas, que ya sabéis que, antes de ser armado caballero, debo depositar mi armadura en un altar y pasarme la noche vigilándola.

—Ahora mismito la capilla está en obras, pero podéis velar las armas en el patio...

Don Quijote, pues, se quitó la armadura y la dejó en el patio, junto al pozo, y luego empezó a pasearse alrededor como si estuviera haciendo la cosa más importante del mundo. Con el escudo en el brazo, la lanza en alto y la luna brillándole en la frente, parecía un fantasma salido del infierno. Los huéspedes de la venta lo miraban desde lejos y se mondaban de la risa.

La noche habría sido tranquila de no ser porque, en cierto momento, salió al patio un arriero² que tenía que dar de beber a sus bestias. Y, como la armadura de don Quijote le molestaba para sacar agua del pozo, la tiró al suelo sin ningún miramiento. Al ver aquello, don Quijote enrojeció de rabia.

—Pero ¿qué hacéis, canalla? —gritó.

Y, sin pensarlo dos veces, alzó su lanza y le atizó al arriero en la cabeza. El porrazo fue tan fuerte que el hombre cayó al suelo con los ojos en blanco. Sus compañeros, creyéndolo muerto, salieron corriendo al patio y empezaron a apedrear al loco de la lanza. Don Quijote, para no acabar malherido, escondía la cabeza tras el escudo y decía a grito pelado:

² arriero: persona que transporta mercancías con burros o algún animal parecido.

—¡Venid aquí, malandrines,³ que voy a daros vuestro merecido!

—¡Dejen de tirar piedras! —gritó el ventero—. ¿No ven que ese hombre no sabe lo que hace?

Al final, la lluvia de piedras cesó, y entonces el ventero salió a toda prisa en busca de don Quijote y le dijo:

—Arrodillaos, que voy a armaros caballero.

El ventero pensó que lo mejor era quitarse al loco de encima lo antes posible. Y lo que hizo fue sacar el libro en el que anotaba los gastos de sus clientes y fingir que leía una oración que estaba escrita en una de sus páginas. Y, mientras la pronunciaba, le dio tres golpecitos a don Quijote con la espada, uno en la nuca y dos en los hombros, tal y como se hacía en los libros de caballerías.

—Ya sois caballero —anunció al fin—. Podéis ir con Dios.

Don Quijote brillaba de alegría. Abrazó al ventero y le dijo:

—Abridme las puertas del castillo, que me voy a buscar aventuras.

—Antes tendréis que pagarme por la cena que os di y por la paja de vuestro caballo.

—¿Pagaros? —replicó don Quijote—. No tengo ni un real, porque en los libros que he leído no se dice que los caballeros andantes lleven dinero encima.

—Si no lo dicen es porque está claro como el agua. Así que, en adelante, llevad siempre dinero y camisas limpias. Y que el escudero que os acompañe cargue con vendas por si tiene que curaros después de alguna batalla.

Como el consejo parecía bueno, don Quijote decidió seguirlo. Así que, al salir de la venta, se propuso volver a casa para hacerse con dinero, camisas limpias y un escudero que lo ayudase.

³ malandrín: 'malvado, bellaco'. Es palabra típica de los libros de caballerías.



La doncella tuerta

De camino a casa, don Quijote vio venir a un grupo de hombres y se dijo a sí mismo: «Esta es buena ocasión para rendirle un homenaje a mi amada». En los libros de caballerías, los caballeros se detenían a veces en mitad de un camino y obligaban a todo el que pasaba a jurar esto o lo otro bajo amenaza de acabar heridos si no obedecían. Don Quijote quería parecerse en todo a los caballeros de los libros, así que se paró donde estaba, alzó la lanza y les dijo a los que venían:

—¡Confesad que Dulcinea del Toboso es la doncella más hermosa del mundo o no os dejaré pasar adelante!

Los viajeros se miraron entre sí. Enseguida comprendieron que habían topado con un loco, y uno de ellos dijo en tono burión:

—Señor caballero, nosotros somos mercaderes y vamos a Murcia a comprar sedas. Jamás en la vida hemos oído hablar de esa tal Dulcinea, así que no sabemos cómo es. Pero mostradnos un retrato suyo y, aunque le falte un ojo y suelte espumarajos por la boca, diremos que es *fermososísima*.

—¡Ni Dulcinea es tuerta ni escupe eso que decís! —rugió don Quijote, loco de cólera—. ¡Ahora mismo vais a pagar vuestros insultos con la vida!

Dispuesto a matar por su dama, don Quijote apuntó a los mercaderes con su lanza y echó a galopar contra ellos. Pero las

cosas no le salieron como esperaba porque, al poco de arrancar, Rocinante tropezó con una piedra, así que don Quijote acabó rodando por el suelo. Entonces el mercader burión le arrebató la lanza y comenzó a apalearlo con muchas ganas.

—¡Bribones, malandrines! —gritaba don Quijote.

La paliza fue colosal.

Cuando los mercaderes se fueron, don Quijote intentó levantarse, pero no pudo, porque le dolían las carnes y le pesaban las armas. Y así se hubiera pasado muchos días, tirado en el suelo hasta morir de hambre, de no ser porque un vecino suyo, que era labrador, pasó por el camino y lo recogió.

—Pero ¿quién os ha dejado así, señor Quijano? —preguntó el labrador.

—Doce gigantes altos como una torre —respondió don Quijote.

El encantador que robaba libros

El vecino de don Quijote atravesó al hidalgo sobre su asno y se lo llevó hasta el pueblo. Cuando llegó, encontró a la sobrina y a la criada de don Quijote la mar de alborotadas. Las dos mujeres llevaban tres días sin saber nada de su tío y señor, así que estaban convencidas de que lo habían matado por ahí. El barbero y el cura del pueblo acababan de presentarse en la casa para preguntar por el hidalgo, y la sobrina les estaba diciendo:

—¡Mi tío se ha vuelto loco de tanto leer bobadas!

—¡Qué lástima que se le haya estropeado cerebro! —se lamentaba maese Nicolás, que así se llamaba el barbero—. ¡Con el buen juicio que tuvo siempre vuestro tío...!

En esto, se oyó un «¡ay!» en la calle. La sobrina y el ama salieron corriendo de la casa y vieron a don Quijote atravesado en el burro.

—Llevadme a mi cama —decía el hidalgo con un hilillo de voz—, que me he caído del caballo cuando luchaba contra doce gigantes.

«¿Conque gigantes, eh?», se dijo el cura. «Por mi vida que mañana mismo quemaré los libros que os han vuelto loco».

Y así se hizo. Al día siguiente, aprovechando que don Quijote aún dormía, el cura y el barbero entraron en el cuarto donde el hidalgo guardaba sus más de cien libros, que con tanto cariño había reunido y con tanto esmero había mandado encuadernar.

Y, a medida que los iban sacando de los estantes, le pedían a la criada que los llevara al patio y formara con ellos una pila para pegarles fuego. La sobrina preguntó qué pasaría cuando su tío despertase y viera que los libros no estaban, a lo que el cura respondió:

—Lo mejor será tapiar la puerta del cuarto de los libros. Y, si vuestro tío pregunta, le diremos que apareció un encantador y se llevó la habitación por los aires.

Así que, aquella misma tarde, tapiaron la puerta del cuarto y quemaron los libros, que oscurecieron, convertidos en humo, el cielo azul y limpio de la Mancha.



Sancho Panza

Dos días después, don Quijote se levantó por fin de la cama, y lo primero que hizo fue ir en busca de sus libros. Pero ni siquiera encontró la puerta del cuarto, y eso que se pasó varias horas palpando la pared con las manos. La sobrina le dijo:

—Es que ayer apareció un encantador cabalgando sobre un dragón y se llevó los libros por los aires. Y el aposento también.

—Seguro que ha sido el mago Frestón —dijo don Quijote con aire triste—. Me tiene envidia desde hace mucho porque sabe que en todo el mundo no existe un caballero más valiente que yo.

Quince días estuvo don Quijote sin salir de casa. Cada vez que pasaba ante el muro de su biblioteca, tentaba las paredes y lanzaba un hondo suspiro. Su sobrina y la criada trataban de darle ánimos y hacían todo lo posible por que olvidara sus caballerescas ilusiones. Las pobres no sabían que don Quijote andaba planeando en secreto una segunda salida.

Un buen día, el hidalgo se presentó en la casa de un vecino suyo que era labrador y le preguntó si quería ser su escudero.

—¿Y qué hace un escudero? —preguntó el vecino, que se llamaba Sancho Panza.

—Acompañar al caballero en sus aventuras y ponerle vendas en las heridas si es que lo hieren.

Sancho Panza era un hombre de barriga ancha, cuerpo chico y piernas largas, que no tenía mucha sal en la mollera.¹ Estaba casado y tenía dos hijos: Sanchico y Mari Sancha.

—¿Y qué gana un escudero? —preguntó Sancho Panza.

—En pago de tus servicios, te nombraré gobernador de la primera ínsula que gane.

Sancho Panza no tenía ni la más remota idea de lo que era una ínsula. Y no solo porque nunca había ido a la escuela, sino porque nadie le había explicado que, en los libros de caballerías, a las islas las llamaban *ínsulas*. En todo caso, lo de gobernar sonaba bien, así que aceptó ser escudero de don Quijote.

¹ Es decir, que era más bien tonto.

Los gigantes de la Mancha

Tres días después, don Quijote y Sancho salieron del pueblo en busca de aventuras. Se fueron de madrugada, sin despedirse de nadie. Don Quijote llevaba camisas limpias y algún dinero, y Sancho iba montado en un borrico, algo que a don Quijote no acababa de gustarle. Una y otra vez, le decía a Sancho:

—En los libros de caballerías, los escuderos nunca van en burro. En cuanto venza a un caballero, te regalaré su caballo.

—Me he traído el borrico porque no estoy acostumbrado a andar mucho —respondió Sancho—, y para mí es tan bueno como el mejor caballo del mundo, porque más vale algo que nada y ándeme yo caliente y ríase la gente. Lo que sí le digo es que se acuerde de su promesa de hacerme gobernador...

—No temas, Sancho, que es posible que antes de seis días te corone como rey.

—¿Rey? La verdad es que prefiero ser gobernador, porque, aunque me gustaría que mis hijos fueran príncipes, me parece que mi mujer no vale para reina. Mejor hágala condesa, y ya será mucho... Y no lo digo porque yo no quiera a mi Teresa, que la quiero más que a las pestañas de mis ojos, pero ya se sabe que no se hizo la miel para la boca del asno, y que el burro sufre la carga pero no la sobrecarga.

A Sancho le encantaba decir refranes. Y así, saltando de dicho en dicho, le dio conversación a su amo durante varias horas,

mientras en el cielo se apagaban las estrellas y se iba haciendo de día. Ya en la mañana, don Quijote vio en el horizonte treinta o cuarenta molinos de viento, y entonces dijo:

—La suerte nos acompaña, amigo Sancho. ¿Ves, allá a lo lejos, a aquellos fieros gigantes? Pues pienso batallar contra ellos hasta quitarles la vida.

—¿Qué gigantes? —preguntó Sancho.

—Aquellos de allí. ¡Mira qué largos tienen los brazos!

—Eso no son gigantes, señor, sino molinos de viento, y lo que parecen brazos son las aspas.

—Bien se ve, amigo Sancho, que no sabes nada de aventuras. Y, si es que tienes miedo, apártate y ponte a rezar, que yo voy a entrar en batalla ahora mismo.

Sancho iba a decir algo, pero se quedó con la palabra en la boca, porque don Quijote le clavó las espuelas a Rocinante y echó a correr a todo galope.

—¡Le digo que son molinos! —gritó Sancho—. ¡Vuélvase, que se está equivocando!

Justo entonces, el viento empezó a mover las grandes aspas de los molinos.

—¡Menead los brazos todo lo que queráis —dijo don Quijote—, que no os tengo miedo! ¡Mi fermosísima Dulcinea me ayudará en este trance!

Llegó don Quijote al primer molino y le clavó la lanza. Y sucedió que, como el viento soplaba con fuerza, las aspas siguieron girando, con lo que la lanza se partió por la mitad y don Quijote y su caballo acabaron rodando por el suelo. Sancho se echó las manos a la cabeza. Llegó corriendo hasta su señor y, casi ahogándose, le dijo:

—¡Ya le avisé yo de que eran molinos...!

—Calla, amigo mío, que lo que ha pasado es que el mismo hechicero que me robó los libros ha convertido estos gigantes en molinos para verme vencido y deshonrado.

El pobre don Quijote apenas podía moverse. Sancho tuvo que ayudarlo a ponerse en pie y a subir sobre Rocinante, que cojeaba un poco como si llevara algún hueso desencajado. Y don Quijote no iba mejor, pues se ladeaba tanto que parecía a punto de caerse del caballo.

—Enderécese, señor —le decía Sancho—, que va de medio lado, aunque tiene que ser por el dolor de la caída.

—Lo que más me duele no son los golpes, sino que los gigantes me han partido la lanza. Así que, si ves una rama gruesa a la vera del camino, dámela para que encaje en ella la punta de mi lanza, que el buen caballero debe tener siempre sus armas a punto. Pues ya sabes, Sancho, que el mal no descansa nunca.





a c t i v i d a d e s





Don Quijote

Argumento

- 1 El hidalgo **Alonso Quijano** se vuelve loco y decide hacerse caballero andante. ¿Por qué enloquece? (p. 7) ¿Qué pretende lograr con sus aventuras? (p. 8) ¿Por qué resulta gracioso que don Quijote considere a Rocinante el mejor caballo del mundo? (p. 8) ¿Qué diferencia hay entre Dulcinea y la mujer real que le sirve de modelo? (pp. 8-10)
- 2 Don Quijote desea imitar las hazañas de los caballeros andantes, pero todo le sale del revés. ¿A qué se dedica en realidad el hombre que lo "arma caballero"? (p. 12) ¿Qué le ocurre a don Quijote cuando les exige a los mercaderes que homenajeen a **Dulcinea**? (pp. 16-17) ¿Qué hacen el cura y el barbero para remediar la locura del hidalgo? (pp. 18-19)
- 3 Desde su segunda salida, a don Quijote lo acompaña un labrador llamado **Sancho Panza**. ¿Cómo es Sancho y por qué decide hacerse escudero? (p. 21) ¿De qué avisa a su señor durante el episodio de los molinos? (p. 23) ¿Cómo se explica don Quijote el final desgraciado de esa aventura? (p. 25)
- 4 Cierta noche, don Quijote y Sancho se alojan en una venta, donde acaban enzarzados en una gran riña. ¿Con quién confunde don Quijote a Maritornes? (pp. 29-30) ¿Por qué golpea el arriero a don Quijote? (p. 30) ¿Qué le sucede a Sancho



cuando intenta remediar sus dolores con el bálsamo de Fierabrás? (p. 33) ¿Y cuando se niega a pagarle al ventero? (p. 34)

- 5 Don Quijote confunde de continuo lo real con lo imaginado. ¿Por qué ataca a las ovejas? (pp. 37-38) ¿Qué se imagina cuando suenan los batanes? (p. 41) ¿Qué es en verdad el yelmo de Mambrino? (p. 45) ¿Por qué libera don Quijote a los galeotes y qué injusto pago recibe a cambio? (pp. 50-52)
- 6 En cierto momento, don Quijote decide quedarse a solas en Sierra Morena. ¿Para qué? (p. 55) Mientras tanto, ¿qué misión debe cumplir Sancho? (p. 55) Al final, ¿qué aventura obliga a don Quijote a dejar la sierra? (p. 66)
- 7 Ya en la venta, ¿por qué acuchilla don Quijote los cueros de vino? (pp. 71-72) Al día siguiente, ¿quién y por qué aporrea a Sancho? (p. 77) En la disputa por el baciyelmo, ¿qué disparate dicen los amigos de don Quijote para divertirse un rato? (pp. 78-79) Cuando la paz vuelve a la venta, ¿qué inesperada aparición motiva una nueva pelea? (p. 79)
- 8 Para devolver a don Quijote a su hogar, el cura se inventa una farsa. ¿Qué le hace creer a don Quijote? (p. 83) Camino de la aldea, ¿por qué arremete el hidalgo contra una procesión? (p. 86) ¿Cómo reacciona Sancho al creer que su amo ha muerto? (p. 86)
- 9 Tras pasar más de un mes en la cama, don Quijote emprende su **tercera salida**. ¿Qué curioso libro le anima a reiniciar sus aventuras? (pp. 89-90) ¿Por qué Sancho teme ir al Toboso y qué se inventa para salir de su apuro? (pp. 92-94) ¿Cómo influye la artimaña de Sancho en el estado de ánimo de don Quijote? (p. 97)
- 10 ¿Por qué batalla don Quijote contra el Caballero del Bosque? (p. 100) ¿Quién es en realidad ese caballero y con qué intención deseaba enfrentarse a don Quijote? (p. 105)



